

Nota 8

Tepito, Ciudad de México, viernes 23 de junio de 2017

Debido a que Iván me había vuelto a plantar, empecé a contemplar la posibilidad de que en realidad no quisiera hablar, de que la confianza —recurso de suma importancia en la esquina— estuviera jugando como arma de doble filo: su amistad con el Pelón lo obligaba a aceptar de palabra la realización de la entrevista, pero en realidad sabía de los riesgos que conllevaba exponer los asuntos que ahí tenían lugar. Dada la obligatoriedad del encuentro, no podía rechazarlo de manera directa, pero sí podía darme largas esperando que en algún momento me rindiera. Es tan sólo una hipótesis de lo ocurrido, pero no me parece descabellada.

Otra posibilidad es que Iván sí estuviera dispuesto a conceder la entrevista, pero se encontrara realmente ocupado con su ritmo de trabajo y vida. Aunque sabía que necesitábamos tiempo y algo de privacidad para efectuarla, el escenario simplemente no jugó a nuestro favor. A esto podríamos agregar por lo menos otro par de elementos: el primero es el consumo de drogas, que lleva a pensar en el comportamiento de los adictos a las sustancias en general. En la

esquina nadie parecía poder mantenerse sobrio, pero tampoco nadie parecía aceptar literalmente que en tan sólo unas horas la pérdida de conciencia puede hacer mella en sus interacciones; su estado de conciencia no les impide aceptar planes en el futuro inmediato. En este caso, ello desembocó en esa suerte de paradoja que me planteó Iván al sugerirme que quizá sería más conveniente buscarlo por la noche, porque la realidad parecía contradecirlo: por las noches él ya no estaba en buen estado para responder y el ambiente de la esquina era todavía más sórdido y riesgoso, lo que me alejaba más de aquello que me acercaba a la obtención de información, por lo menos en forma de testimonios.

El segundo elemento tiene que ver de alguna manera con la subjetividad del propio Iván —en un sentido complejo del concepto—. Es como si estos hombres duros de la esquina estuvieran desprovistos de historia y la entrevista en profundidad justo planteara hacerla inteligible. Es un acto emocionalmente fuerte y que muchas veces precisa de cierta privacidad en aras de proteger al informante; nada de eso suena como algo que un viejo lobo del barrio aceptaría como un problema a resolver. Me parece que los dos breves momentos en los que Iván se abrió más pueden ser una muestra de ello: primero, cuando relató el acto que lo llevó a vivir en la calle y la causa de su caída más profunda en las adicciones, que fue la muerte de su madre; y, segundo, cuando narró esa suerte

de *vendetta* que lo llevó a la prisión en aras de librar a un familiar de las extorsiones que le imponía una madrina que trabajaba para la DIPD.

Decidí dejar pasar unos días para no presionar a Iván y me presenté la mañana del viernes siguiente. Iván estaba en la esquina formada por esa especie de delta donde estaba ubicada la Virgen, desayunando chilaquiles en el cofre de una camioneta; llevaba una playera blanca con un enorme San Judas Tadeo. Junto a él estaba Beto, notablemente drogado, mandando mensajes por WhatsApp, y el adolescente que fumaba hachís en mi primera visita, que de nuevo llevaba su *look* de surfista y estaba sentado en la silla plegable de metal, con la mirada perdida, como si nos viera desde una playa lejana en algún confín del planeta. En la contraesquina, unos oficiales de policía bajaron de su camioneta para desayunar en un puesto muy parecido al de doña Tere.

Saludé a todos amistosamente y le dije a Iván:

—¡Ya ves! ¡El martes me dejaste bien plancha!¹³ —y mi frase produjo una sonora carcajada de Beto.

La versión de Iván fue muy parecida a la de la semana anterior: había tenido que ir a dejar un encargo y se había ido a eso de las 11:30 am, que pasó a desayunar con doña Tere, y yo debí haberle preguntado a ella si lo había visto

¹³ Plantado.

pasar. Le dije que no había sido necesario, porque gracias a una pepenadora nos enteramos de que ya se había marchado del barrio.

Le planteé un nuevo acuerdo para el trabajo de campo, producto de mis reflexiones. Me parece que lo único que había dado resultado era responder a alguna pregunta puntual de manera breve y que eso podría hacerse en un tiempo y espacio bastante delimitados. De modo que yo podría acudir a la esquina e interrumpir sus actividades de manera transitoria, en días sucesivos, y si él así lo prefiriera, no consecutivos. A Iván le pareció que era una buena idea. Una vez más, me sugirió ir esa misma noche, pero casi de inmediato cambió de parecer y me pidió acudir el sábado por la mañana por ser un día en el que todo está muy tranquilo en la esquina. Parecía haber intuido que no quería acudir por la noche y, para ser franco, intuyó bien.

Del lugar de la esquina grafitada en el que estábamos, siempre me había causado curiosidad el edificio frente a nosotros. Es de tres pisos y está cubierto de grafitis y, por lo menos del lado que da hacia la calle, no tiene vidrios, lo que podría dar la idea de que estaba abandonado, pero en ocasiones previas había visto personas deambular por dentro. Le pregunté a Iván por el estatus del edificio y con un gesto de sorpresa me respondió que sí tenía dueño, que, de hecho, no sólo no estaba abandonado, sino que en el último piso había un gimnasio al que iban personas de las cuadras aledañas y que justo del lado que

nosotros podíamos observar estaban los cuartos en los que habitaban el dueño del gimnasio y su hijo.

—Pero ¿qué se entra por el otro lado?

—No. Se entra por ahí, ahí está el timbre —dijo señalando una gran puerta de metal con grafitis de rostros en un acabado bastante realista—, pero la puerta también se abre de un patadón, porque casi siempre se tardan un chingo en bajar. Eso también sirve por si te vienen correteando, la pateas y ahí te metes: es la tuza.¹⁴

Iván me explicó que la pared inmediata a la puerta tenía otro uso: “la cancha de frontón de la banda”, con medidas reglamentarias tomadas desde el castillo inmediato a la puerta hasta la esquina; cada extremo está custodiado por sendos grafitis: dos siluetas de boxeadores. Cada una de las figuras mira a la otra como si estuvieran a punto de iniciar un enfrentamiento.

Ese detalle me llevó a hablar de los grafitis que cubren no sólo la esquina, sino también las esquinas aledañas, porque todos me gustan y en general me parece que están muy bien hechos. Iván dijo que fue él quien había mandado a hacerlos. Pregunté quién era el autor y me respondió que amigos suyos, que no son mexicanos y por eso en la pared de la izquierda de la puerta se podía apreciar una burbuja que fungía como firma y en ella había seis colores de los que sólo

¹⁴ Un escondite.

tres eran de la bandera nacional. Parece que el *crew* bicultural era responsable de todos los grafitis en el edificio del que hablábamos y de la cuadra en la que nos encontramos, lo mismo que los rostros de otros edificios aledaños.

Nuestra discusión acerca de grafiti se vio interrumpida por la aparición de un automóvil. Era un Lupo plateado que llevaba los vidrios abajo y del que emanaba el éxito en boga de Ricky Martin y Maluma a un volumen que cimbraba la calle. El chofer era un hombre de unos 40 años, de tez blanca, cabello y bigote negros —aunque ya con algunas canas— y usaba lentes marca Ray-Ban de piloto. Bajó un poco el volumen de la música para saludar, gritando:

—¡Ya llegó la mona,¹⁵ en persona! —todos reímos e Iván respondió:

—¡Eres una mamada! —prácticamente al mismo tiempo Beto se acercó ágilmente a la ventana del copiloto, metió la mano, tomó 50 pesos del asiento vacío y fue por la mercancía. El hombre le gritó a Iván:

—¡Así soy y ya no me voy a componer! —y volvió a provocar una sonora carcajada en los presentes. Beto lanzó un pequeño paquete en el asiento, el hombre subió otra vez el volumen de la música y se marchó. Iván retomó la

¹⁵ Mona es un juego de palabras que se utiliza para designar la forma más común de consumir inhalantes, un pequeño fragmento de estopa empapado en *thiner*. Se trata de una herramienta común de los carpinteros, pintores u hojalateros utilizada para despintar con un movimiento vigoroso de muñeca, del que después tomó tanto su nombre, como su sinónimo: muñeca=mona.

conversación acerca de nuestro próximo encuentro y de las dificultades que habíamos tenido para realizar la entrevista, y me comentó:

—Aquí entre nos, tengo una vida muy ajetreada. Ahorita me ves aquí desayunando, pero nada más estoy esperando a que bajen y ya me voy. En corto me tengo que mover a llevar recados, dinero, cosas. —Dijo que casi siempre son mandados dentro de los límites del barrio, pero que en ocasiones puede ir a otras partes de la ciudad. Acordamos vernos al día siguiente, sábado a las 11 am en la esquina. Me despedí amistosamente de todos y me fui.